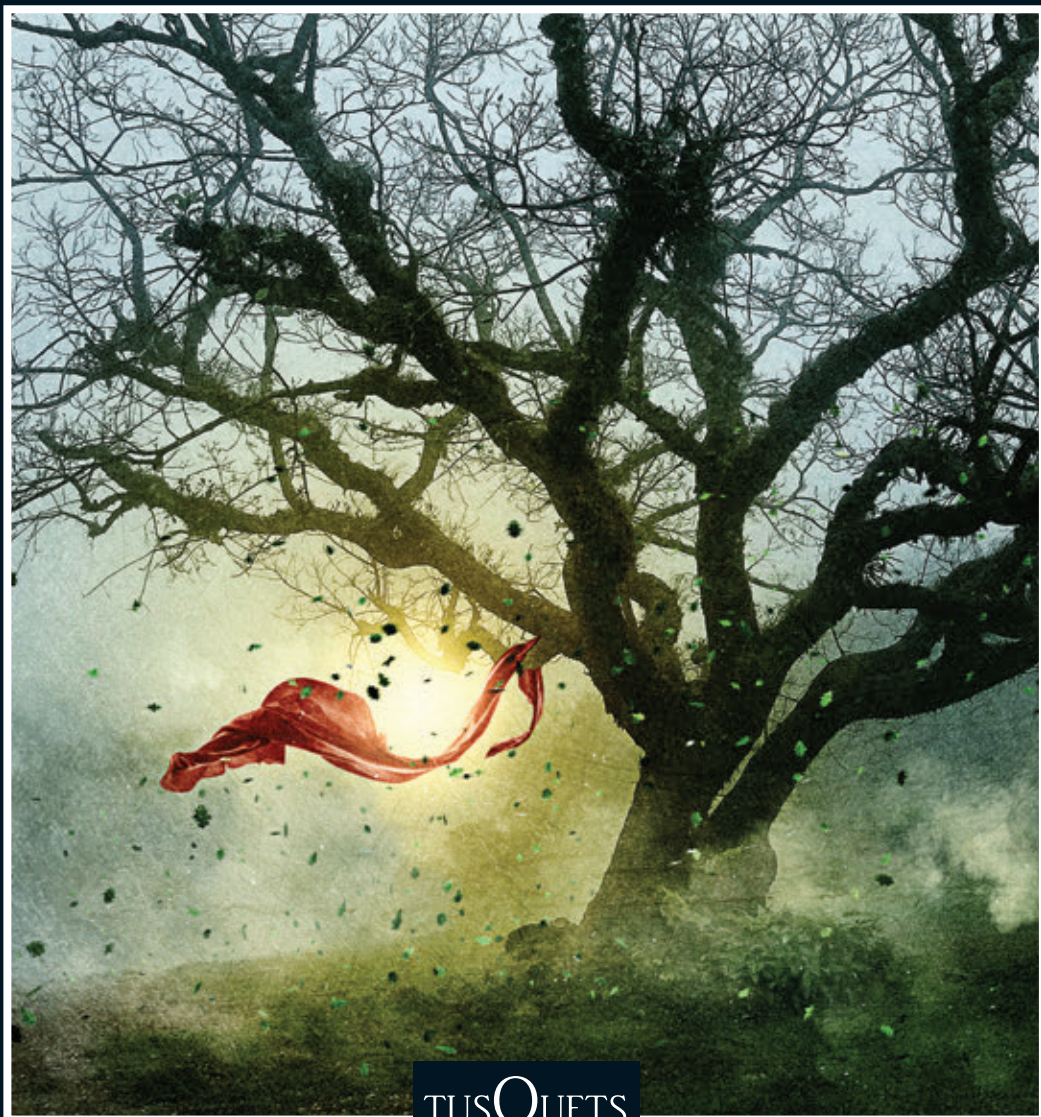


John Connolly

LA MUJER DEL BOSQUE

colección andanzas

SERIE
DETECTIVE
**CHARLIE
PARKER**



TUSQUETS
EDITORES

JOHN CONNOLLY
LA MUJER DEL BOSQUE

Traducción de Vicente Campos

TUSQUETS
EDITORES

Título original: The Woman in the Woods

1.ª edición: junio de 2020

© 2018 by Bad Dog Books Limited

© de la traducción: Vicente Campos González, 2020
Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-853-5
Depósito legal: B. 8.745-2020
Fotocomposición: Realización Tusquets Editores
Impresión y encuadernación: Rotapapel
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Índice

Primera parte	11
Segunda parte	79
Tercera parte	283
Cuarta parte.	403
Agradecimientos	513

Era uno de los bares más recientes de la zona portuaria de Portland, aunque el término «reciente» era un tanto relativo dada la rapidez con que se estaba desarrollando la ciudad. Parker se preguntaba si, en algún momento, todas las personas llegaban a una edad en que rogaban para que el progreso hiciera una pausa, aunque a menudo le parecía que el progreso tenía mucho de simple lavado de cara, porque la gente tendía a seguir siendo la misma de siempre. Pese a todo, le hubiera gustado que sus conciudadanos no se lavaran la cara con tanta frecuencia, al menos durante un tiempo.

Sólo un rótulo en la acera indicaba la presencia del bar, un rótulo necesario porque el establecimiento estaba apartado de la calle, en la primera planta de un antiguo almacén, y de otro modo habría sido difícil, por no decir imposible, encontrarlo.

Tal vez era eso lo que atraía a Louis. Si de él hubiera dependido, seguramente ni siquiera habría puesto el rótulo, y sólo habría dado indicaciones sobre la localización del bar a aquellos cuya compañía estaba dispuesto a tolerar, lo que suponía, quizá, que habría cargado con la responsabilidad de mantener el negocio en marcha a cinco personas en el mundo.

Esa noche no era necesario ese tipo de tácticas para ofrecer a Louis la paz que deseaba. Sólo había un puñado de clientes: una pareja joven sentada a una mesa en un rincón, dos hombres mayores comiendo hamburguesas en la barra, y Parker y Louis. A Parker acababan de servirle una copa de vino. Louis bebía un martini, muy seco. Es posible que no fuera el primero que se tomaba, pero con Louis nunca se sabía.

—¿Cómo está? —preguntó Parker.

—Confuso. Con dolores.

Unos días antes, al compañero de Louis, Angel, le habían quitado un tumor del tamaño de un huevo en un hospital de Nueva York, junto con un trozo del intestino grueso. La operación no había ido bien del todo, y la recuperación sería difícil, con sesiones de quimioterapia cada tres semanas durante los dos próximos años, mientras durara la amenaza de tumores secundarios. Por eso la llamada por la que supo Parker de la presencia de Louis en Portland fue una sorpresa. Parker había pensado desplazarse a Nueva York para visitar a Angel y ofrecer a Louis el apoyo que pudiera darle. Pero era Louis el que estaba sentado en un bar de Portland mientras su compañero yacía en una cama de hospital, empastillado hasta las cejas.

Aunque, bien pensado, Angel y Louis eran únicos: delincuentes, amantes, asesinos y cruzados de una causa que no tenía nombre, salvo el de Parker. Iban por la vida a su aire.

—Y tú, ¿cómo estás?

—Enfadado —dijo Louis—. Preocupado y asustado, pero sobre todo enfadado.

Parker no dijo nada, se limitó a dar un sorbo de vino y escuchar la sirena de un barco en la noche.

—No esperaba estar de vuelta aquí tan pronto —prosiguió Louis, como si respondiera a una pregunta que Parker no había llegado a plantear—, pero necesitaba recoger algunas cosas del piso. Y, en cualquier caso, sin Angel a mi lado no me siento cómodo en el apartamento de Nueva York. Es como si las paredes se encogieran a mi alrededor. ¿Cómo es posible? ¿Cómo puede parecer más pequeño un espacio del que se ha ido una persona? Portland es distinto. Tiene menos de él, no es su casa. Así que esta tarde he ido a visitarlo y luego me he marchado en coche directo al aeropuerto de La Guardia. Quería escapar.

Bebió un sorbo de su cóctel.

—Soy incapaz de ir al hospital todos los días. Detesto verlo en ese estado. —Se dio la vuelta para mirar a Parker—. Así que hálame de otra cosa.

Parker contempló el mundo a través del filtro de su copa de vino.

—Los Fulci están planteándose comprar un bar —dijo.

Paulie y Tony Fulci eran la versión de Portland de Tweedledum y Tweedledee,* en el caso de que Tweedledum y Tweedledee estuvieran intensa pero infructuosamente hipermedicados contra la psicosis, tuvieran una constitución de camiones blindados y una propensión a los estallidos de una violencia intencionada, que a menudo, aunque no siempre, eran consecuencia de una grave provocación. Para los Fulci, la definición de provocación era más bien fluida, y abarcaba desde la grosería a aparcar mal, pasando por la agresión o el intento de asesinato.

Louis casi escupió la bebida.

—No me jodas, ¿me tomas el pelo? No me han dicho nada.

—A lo mejor temían que te diera un síncope, y no sin motivos.

—Pero un bar es un negocio. Con clientes. Ya sabes, personas normales.

—Bueno, tienen prohibida la entrada en casi todos los antros de esta ciudad donde se sirve alcohol, con la excepción del Bear, y eso sólo porque Dave Evans no quiere herir sus sentimientos. También porque mantienen a los malos clientes a raya, aunque Dave a veces tiene que esforzarse para imaginar a alguien peor que los propios Fulci. Pero Paulie dice que les preocupa caer en la rutina, y tienen algún dinero ahorrado de una antigua herencia que están pensando invertir.

—¿Una herencia? ¿Qué clase de herencia?

—Seguramente una de esas que se reciben a punta de pistola. Parece que han estado ocultándola durante años.

—Dejando que la cosa se enfriara un poco, ¿es eso?

—Que se enfriara del todo.

—¿Piensan llevar ellos mismos el negocio o de verdad les gustaría atraer clientela?

* Personajes gemelos de *Alicia a través del espejo*, de Lewis Carroll, conocidos en español, según las traducciones, como Tarará y Tararí, o Patachunta y Patachún; su origen se remonta a un poema de John Byrom del siglo XVIII. (N. del T.)

—Están buscando a alguien que dé la cara.

—Pues tendrán que encontrar a alguien que esté más loco que ellos.

—Creo que ése es precisamente el obstáculo que les impide seguir adelante.

—¿Llevarías tú un bar regentado por los Fulci?

—Al menos tendría la garantía de que no habría problemas.

—No, lo que te garantizaría es que no habría problemas *de fuera*.

—Si consiguen abrir, te verás obligado a apoyarlos. Si no les echas una mano, no les hará gracia. Ya sabes lo encariñados que están contigo y con Angel.

—Por tu culpa.

—Yo me limité a hacer posible que os conocierais.

—Como las ratas hicieron posible que conociéramos la peste.

—No me fastidies.

Louis se acabó la bebida y alzó la copa para pedir otra.

—¿Sabes? —dijo—, esa noticia me ha animado un poco.

—Supuse que lo haría.

—¿Estás trabajando en algo?

—Sólo papeleo para Moxie. Asuntos de rutina.

Moxie Castin era uno de los personajes más variopintos del mundo legal de Portland. Con sus trajes, que siempre le quedaban mal, y sus aires de charlatán, Moxie parecía completamente indigno de confianza, pero Parker sabía por experiencia que sólo los individuos fiables estaban dispuestos a ponerse un uniforme que sugiriera lo contrario. Moxie pagaba bien y cuando tocaba, y eso lo convertía en un *rara avis* no sólo en los círculos legales sino en muchos otros. Por último, Moxie estaba al tanto de la mayoría de los asuntos de Parker, aunque no de todos, incluido el discreto acuerdo por el que el FBI ingresaba un anticipo todos los meses en su cuenta a cambio de servicios de consultoría. No era una situación que Moxie aprobara incondicionalmente, pero al menos Parker también reconocía que aquello era como un pacto con el diablo.

—Pareces cansado para estar trabajando sólo en asuntos de rutina —dijo Louis.

—No he dormido bien últimamente.

—¿Pesadillas?

—No tengo muy claro que sepa diferenciar siempre entre los sueños y la realidad. A veces despertarse es tan malo como seguir durmiendo.

Parker era consciente de que estaba a punto de sufrir una depresión, algo que ya le había incordiado en la adolescencia, pero que se había agravado desde el tiroteo que por poco acaba con su vida. Sabía que pronto tendría que recluirse. Quería —incluso necesitaba— estar a solas, porque era justo en esos momentos cuando su hija muerta se le aparecía con más frecuencia.

—Angel me comentó algo una vez.

Parker esperó y fue como si Louis hubiera leído sus pensamientos, o hubiera atisbado la titilante blancura de la hija perdida en los ojos de Parker.

—Dijo que creía que veías a Jennifer, que ella te hablaba.

—Jennifer está muerta.

—Con todo respeto, no estamos hablando de eso.

—Como te he dicho, me cuesta diferenciar qué son sueños y qué no lo son.

—Pues yo creo que no te cuesta en absoluto.

Por un momento, el tiempo se paralizó antes de que Louis volviera a hablar.

—Yo soñaba con mi padre.

Parker sabía que el padre de Louis había caído en manos de unos fanáticos racistas y violentos que lo habían colgado de un árbol antes de prenderle fuego. Muchos años más tarde, Louis volvió a por los responsables y quemó el árbol en que había muerto su padre.

—Venía a verme en sueños —recordó Louis—, envuelto en llamas, y se le movía la boca como si quisiera hablar, pero nunca dijo nada, al menos nada que yo pudiera entender. Me preguntaba qué estaría diciendo. Al final, imaginé que me estaba avisando. Creo que me pedía que no buscara venganza, porque sabía en qué me convertiría si lo hacía.

»Así que soñaba con él, y sabía que estaba soñando, pero

cuando me despertaba, olía su presencia en la habitación, todo mierda y gasolina, humo y carne carbonizada. Me decía que me lo estaba imaginando, que todos esos olores los conocía de antes, y que la intensidad del sueño me engañaba para mezclarlos. Pero era un olor fuerte, muy fuerte: lo llevaba impregnado en el pelo y en la piel durante el resto del día, y a veces otra gente lo olía también. Me lo comentaban y yo no tenía una respuesta que darles, o al menos no una que ellos quisieran oír, y es posible que ninguna que yo quisiera oír tampoco.

»Me asustaba. Me asustó durante la mayor parte de mi vida. Angel lo sabía, pero nadie más. Él lo olía en mí, lo olía después de mis pesadillas cuando me despertaba sudando en la cama, a su lado, y no quise mentirle, porque nunca le he mentado. Así que se lo conté, igual que ahora te lo estoy contando a ti, y él me creyó, igual que sé que tú me crees.

»Mi padre ya no se me presenta tan a menudo, pero cuando lo hace ya no me inquieta. ¿Sabes por qué? Por ti. Porque he visto y vivido cosas contigo que me han hecho entender que no estaba loco, y que no estaba solo. Más aún, hay un consuelo en esto, en todo esto. Creo que por eso he venido aquí esta noche y por eso te he llamado. Si pierdo a Angel, sé que lo encontraré otra vez. Antes destrozaré este mundo, y tal vez muera quemado, como mi padre, pero eso no será el final para Angel y para mí. Él me esperará al otro lado e iremos juntos allá donde sea lo que nos aguarde. Eso lo sé por ti. He hecho daño a un montón de personas, algunas no merecían lo que les pasó y otras sí, aunque esa distinción no me importaba entonces, y ahora tampoco es que me importe demasiado. Podría haberme cuestionado lo que hice, pero preferí no hacerlo. Tengo las manos manchadas de sangre y derramaré aún más antes de acabar con esta vida, pero la derramaré porque estoy siguiendo un camino distinto, el *tuyo*, y me sacrificaré porque tengo que hacerlo, porque es mi expiación. A cambio, se me permitirá estar con Angel para siempre. Ése es el pacto. Díselo a tu hija la próxima vez que la veas. Dile que se lo cuente a su dios.

Parker lo miraba fijamente.

—¿Cuántos cócteles te has tomado?

La quietud parecía haberse extendido por todo el bar. Los demás clientes se desvanecieron. Estaban sólo ellos dos, y completamente solos.

Y Louis sonrió.